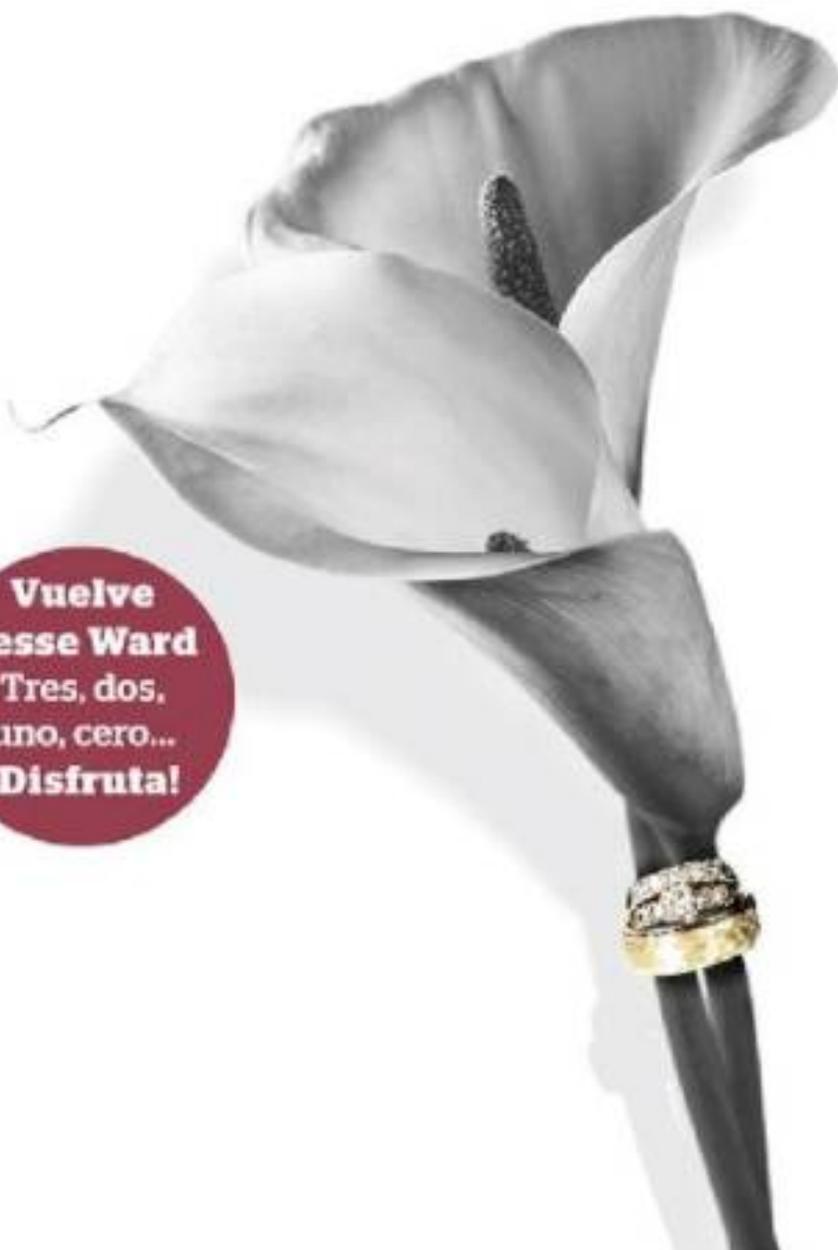


mi hombre

JODI ELLEN MALPAS

DEVOCIÓN



**Vuelve
Jesse Ward**
Tres, dos,
uno, cero...
¡Disfruta!

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a con- tenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicacio-
nes
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La vida le sonrío a Jesse Ward. Sigue teniendo su carisma, está estu-
pendo y aún funde a su mujer de deseo con una sola mirada. Tiene el
control absoluto, que es lo que le gusta.

Pero el perfecto mundo de Jesse se rompe en mil pedazos cuando
Ava sufre un terrible accidente que la deja en coma.

Desesperado y enfadado, siente que la vida se le escapa de las ma-
nos, no puede sobrevivir sin el amor de su mujer. Cuando Ava empieza
a recuperarse cree que por fin todo volverá a ser como antes, pero la
pesadilla no ha hecho más que empezar. Ava no puede recordar nada
de los últimos dieciséis años de su vida, todo el tiempo que han pasa-
do juntos, así que ahora es un extraño para ella. Jesse deberá hacer to-
do lo que esté en sus manos para que ella recupere su memoria y con-
seguir que se enamore perdidamente de él de nuevo.

Si estás destinada a una persona, no importa cuántas trabas te pon-
ga el destino porque volverás a ella.

JODI ELLEN MALPAS
MI HOMBRE. DEVOCIÓN

Traducción de
María José Díez Pérez y Noemí Cuevas Rebo-
llo



*Para Jesse. Gracias por aplastar mi mente con tu locura
perfecta.
Y para Sara Burch, para siempre en nuestros corazones.
Ésta es para ti.*

CAPÍTULO 1

El tamborileo de mis pies sobre la cinta de correr es rítmico y reconfortante. El sonido de *Believer* de Imagine Dragons en el iPhone queda amortiguado por el pulso latiendo en mis oídos. El martilleo de mi corazón me dice que estoy vivo. Ya no necesito correr hasta no sentir las piernas para saberlo.

Acelero, mi respiración empieza a ser trabajosa cuando comienzo a esprintar. El sudor resbala por mi pecho desnudo mientras miro el reloj en la otra punta del gimnasio y observo cómo la manecilla pequeña gira lentamente por la esfera. «Dos minutos más. Aguanta el ritmo durante dos minutos más.»

Incluso cuando llega el momento y la máquina se ralentiza automáticamente, mis piernas no lo hacen. Aplasto con la mano el botón del más para volver a acelerar el ritmo, ahora mismo mi ego me impide parar. Un kilómetro más. Subo el volumen y sigo en esprint un poco más, inspirando con fuerza por la nariz, secándome con un gesto brusco el sudor que me cae por la frente. Bajo la mirada a la pantalla de la cinta y compruebo la distancia. Veinticuatro kilómetros. Hecho.

Golpeo el botón con el puño y dejo que la máquina disminuya el ritmo hasta un trote suave. Me arranco los cascos

de las orejas y agarro la camiseta para secarme la cara con ella.

—Ayer lo hiciste en menos tiempo, cabrón testarudo.

Mi paso se ralentiza hasta detenerse y me cojo a los asideros, dejando caer la cabeza mientras recupero el ritmo de la respiración.

—Que te jodan —consigo resollar volviendo la cara hacia uno de mis amigos más antiguos.

La sonrisa engreída de John, esa que deja ver su diente de oro en todo su esplendor, hace que me entren ganas de arrancárselo de un puñetazo.

Se ríe, grave y estruendosamente, y me lanza una toalla al pecho.

—¿Aún no lo asimilas o qué?

Me bajo de la cinta y me seco el pecho empapado antes de tirarle la toalla de vuelta.

—No sé de qué me hablas.

Miento, sé perfectamente de lo que me habla el muy cabrón, y ya estoy hasta las narices de que me machaquen con el tema. Ni siquiera sé cómo ha pasado, cómo se ha esfumado el tiempo. Porque, que Dios me ayude, cumpliré cincuenta este fin de semana. Cincuenta putos años. Mi ego se hunde más y más cada vez que lo pienso.

Camino hacia la fuente de agua fría, John me sigue.

—Los cincuenta te sientan bien.

Pongo los ojos en blanco y cojo un vaso de plástico para ponerlo bajo el grifo.

—¿Querías algo?

Más risitas entre dientes a mi espalda mientras engullo el agua y me giro para mirar al capullo engreído. No sé a qué viene tanta alegría. John se acerca a los sesenta, pero nadie lo diría. Está en plena forma, aunque no pienso decírselo.

—Las nuevas máquinas de musculación llegarán dentro de un rato.

—¿Podrás encargarte? —le pregunto rellenando el vaso.

—No hay problema.

—Gracias.

Echo un vistazo alrededor del gimnasio del que soy dueño, el ambiente está vivo, con música, sudor y corazones palpitando. Retumba *Daylight*, de los Disciples, la adrenalina bombeando, se oyen gritos de ánimo. Resultó que al final echaba de menos ser el dueño de un club. No el sexo y la indulgencia de La Mansión, sino la gente, el aspecto social, y llevar un negocio en el día a día. Así que abrí uno nuevo, éste no tan secreto pero sí bastante exclusivo. El JW's Fitness & Spa no ha hecho más que crecer desde que se inauguró hace seis años.

—¿Dónde está Ava?

John me coge el vaso vacío de la mano y lo tira a la basura antes de alejarse.

—En el despacho.

«¿En el despacho?» Una sonrisa se dibuja en mi cara mientras cruzo el gimnasio, el ritmo de mi pulso acelerándose de nuevo, aunque esta vez lo noto bajo los pantalones cortos.

Aprieto el paso e irrumpo en el despacho con un plan en mente..., pero freno en seco cuando veo que Ava no está. Gruño, saco el móvil del bolsillo y empiezo a marcar su número mientras camino hacia su mesa.

—Hola —responde.

Parece algo crispada, pero no le pregunto por qué. En estos momentos, la verdad es que no me interesa.

—¿Dónde estás? —Me dejo caer en su silla.

—En el spa.

—Tienes tres segundos para traer tu culo al despacho —le digo, y sonrío ligeramente cuando la oigo resoplar.

—Estoy en la otra punta del club.

Me encojo de hombros para mí mismo.

—Tres —susurro poniendo las piernas sobre su mesa y relajando la espalda.

—Jesse, intento solucionar una desavenencia entre el personal.

—Me da igual. Dos.

—Venga, joder.

La mandíbula me tiembla a causa del enfado.

—Pagarás por esto. Uno.

Al otro lado de la línea se oye el ruido de sus pasos acelerados y yo sonrío victorioso.

—Tic, tac —digo como si nada mientras me recoloco la polla tiesa.

—Estamos trabajando.

—Donde quiera y cuando quiera —me burlo. Ya sabe a qué me refiero.

—Eres muy exigente, Jesse Ward.

Su voz ronca me obliga a aspirar de una forma profunda y controlada. Sí, a veces sigue huyendo de mí, pero otras viene corriendo a buscarme. Como ahora. Cuando sabe que estoy excitado y esperando en su despacho. Mis ojos se fijan en la puerta, siento un torrente de energía. «Vamos, nena.» Oigo sus pasos apresurados aproximándose por el pasillo y luego la puerta se abre.

Y ahí está ella. Mi bellísima esposa. No ha cambiado nada desde el día que la conocí. Sexy. Guapa. La mezcla perfecta entre elegancia y descaro.

—Cero, nena —murmuro cortando la llamada y dejando el móvil sobre su mesa.

Un estremecimiento familiar me recorre la espalda y sonrío, observando cada maldito centímetro de perfección.

Ava pone una mano en el marco de la puerta y se apoya en él mientras se muerde el labio, sus ojos llenos de deleite.

Deleite al verme a mí. Su marido. El hombre al que ama.

—¿Un buen día? —pregunta.

—Ahora es mejor —admito—. ¿Vas a conseguir mejorarlo aún más?

Su ávida mirada me absorbe. Me encanta. Me encanta el modo en que ella tampoco puede controlar su necesidad de comerme con los ojos constantemente. Sí, este fin de semana cumplo cincuenta años. Y ¿qué coño importa? No he perdido el atractivo. De repente me siento como el dios que ella cree que soy. El dios que sé que soy.

—¿Y bien? —le suelto.

Sabe que sólo hay una respuesta correcta a esa pregunta. Se encoge de hombros, haciéndose la dura. Está perdiendo el tiempo. Y yo también.

—No juegues conmigo, señorita.

—Te encantan nuestros juegos.

—No tanto como me encanta tenerla metida hasta el fondo dentro de ti.

Bajo las piernas de la mesa y me pongo en pie.

—Estás perdiendo un tiempo precioso. Ven aquí.

—Ven tú a por mí.

Cierra la puerta tras ella y echa el pestillo mientras avanzo, sus ojos brillando cada vez más a cada paso que doy.

Su cuerpo se tensa, preparándose para mi ataque. Cada terminación nerviosa en mi cuerpo cobra vida y grita su nombre. En un movimiento rápido, la agarro, la cargo sobre un hombro y vuelvo al escritorio.

Ava se ríe, sus manos se deslizan bajo la goma de mis pantalones cortos y hasta mi culo. Lo pellizca, clavando las uñas en la carne.

—Estás empapado en sudor.

La tumbo en la mesa y me pongo encima, inmovilizándola con una mano mientras le subo el vestido y ella se reuerce desafiante. Es inútil.

—Deja de resistirte, nena —le advierto quitándole el vestido por la cabeza y tirándolo a un lado antes de ir a por las bragas. Le sonrío al encaje que me separa de ella, acerco la boca y lo aparto a un lado con los dientes.

—¡Jesse! —grita echando la cabeza atrás y volviendo a levantarla, su cuerpo retorciéndose.

Me río por lo bajo. La competición por el poder nunca pasa de moda.

—¿Quién manda aquí? —le pregunto, y arranco la tela de su cintura y la lanzo por ahí.

—Tú, tú, ¡puto controlador!

—Cuidado con esa boca...

Tiro hacia abajo de las copas de su sujetador y me quito como puedo los pantalones cortos, liberando mi erección.

Una mirada muy seria se pone a la altura de la mía cuando se sienta, me agarra la polla y ejecuta una caricia mortal hacia abajo. Mi torso se pliega, la sensación de su cálida palma en contacto con mi piel es arrolladora.

—Joder, Ava —consigo decir mientras apoyo las manos en sus hombros, la barbilla rozando el pecho—. Estoy seguro de que podría ir a la luna y bajarla cuando me tocas.

Creo que podría hacer cualquier cosa. Soy invencible, indestructible. Y a la vez también soy completamente vulnerable.

Vuelve a tumbarse en la mesa y arquea la espalda, la respiración profunda, la cara húmeda y colorada. Es una visión de otro planeta, los sonidos son mágicos.

—Fóllame —me pide impaciente y ansiosa—. Por favor, fóllame.

—Esa boca, Ava —le advierto agarrándola por las rodillas y atrayéndola hacia mí—. Te aseguro que voy a follarte,